CASTELLS BRISA



David Monnet

El Crucifijo de Einar "El Rojo"

Miquel Castells Brisa

DAVID MONNET EN...

EL CRUCIFIJO DE EINAR "EL ROJO"

nº6

Vision Libros

© Obra: David Monnet VI .El cruzifijo de Einar El Rojo

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Febrero, 2012

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-364-6

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Dedicado a mi tía Amalia Brisa

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de cuarenta años, de metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso, él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Tiene un aire bohemio y desordenado. Entusiasta y algo fantasioso que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en



un personaje altamente refinado. Tiene fama bien merecida de mujeriego. Amante de la buena mesa y entendido en vinos. Disfruta, cuando tiene ocasión, de una buena partida de poker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal, que le permite ser una autoridad en su profesión, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales, aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión. Sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, que regenta un gran centro de información y archivos de la iglesia católica, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar a los lugares más recónditos del mundo y pasar por trepidantes aventuras repletas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de padres comerciantes, ha cursado estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado el número uno en su materia.

Fruto de sus elevados honorarios, posee un castillo y unos viñedos en la Bretagne, donde elabora unos vinos de gran prestigio, al frente de los cuales y, llevando el negocio de sus bodegas, se encuentra Michelle, una joven mujer con la que tiene algo más que un trato laboral.

INTRODUCCIÓN

Martes, 23 de febrero de 2010. Diecinueve horas. Aeropuerto de Hamburgo. Un hombre moreno, con un grueso abrigo de lana de color marrón claro y protegida su cabeza con un gorro de piel tipo cosaco, avanzaba por los pasillos. Una maleta pequeña, cuya etiqueta señalaba que se llamaba Ruggieri y un paquete del tamaño de una caja de zapatos, eran sus únicos equipajes. Por su forma nerviosa de andar, daba la sensación de tener mucha prisa. En el exterior del edificio aeroportuario, un hombre muy alto, quizás rozando los dos metros, de mediana edad, sobre los cuarenta y pocos años, con el pelo rubio cortado al uno, afeitado a la perfección, pero con la faz llena de irregularidades. Algunas de

ellas producidas, sin duda, por agresiones violentas, ojos inexpresivos y una cara poco dada a la sonrisa, impecablemente vestido con un traje negro, aunque a no ser que se tratase de un hombre de fortaleza sublime, se hacía difícil de creer que no estuviera pasando un frío atroz. El termómetro marcaba doce grados bajo cero de temperatura, que conforme iría anocheciendo, bajaría de manera considerable. Estaba aguardando al pasajero que hacía poco había llegado procedente de Oslo. A su lado, un Mercedes, que por su diseño, tenía todos los números de haber sido fabricado a medida. Sin demasiado riesgo a la equivocación, se podría decir que se trataba de un vehículo blindado.

El encuentro de los dos hombres, no se pudo considerar que fue demasiado cordial. Ni tan siquiera un apretón de manos. Durante la primera parte del trayecto, ni un comentario, sólo se oyó el ruido de las ruedas al romper la fina capa de hielo que cubría el asfalto de la carretera. Pero el personaje que había llegado de Noruega rompió la tensión ambiental.

—Oye, Franz, porque te llamas Franz, ¿verdad? Tu jefe debe estar muy contento conmigo.

Lo que le traigo, bien merece una buena recompensa. Voy a pedirle un plus extra sobre lo acordado. ¿No me felicitas, muchacho? ¡Ah, claro!, olvidaba que eres mudo. ¡Mejor así!, de esta manera, no tengo que oír la cantidad de burradas que seguramente pasan por tu cabeza.

Mientras conducía, la inexpresiva cara de Franz efectuó un leve cambio. Sus ojos miraron por el retrovisor, fijándose en aquel energúmeno gilipollas y sus dientes chirriaron al apretarse unos contra otros. ¿Quién coño se creía que era aquel desgraciado?, pensaba para sí, un mierda acomplejado que se hacía valer a base de infravalorar a los demás. Pero a cada cerdo le llega el momento y, cuando fuera el suyo, no perdería la oportunidad de estar presente.

Después de recorrer unos cuarenta kilómetros, llegaron a las puertas de una gran mansión situada a poca distancia de Hamburgo. Una verja se abrió a la señal acústica producida por el claxon del Mercedes. Después recorrieron un camino rodeado por cedros gigantes y llegaron a la entrada de la casa. Un hombre procedente de ella se acercó al coche. Llevaba un enorme paraguas abierto. En aquel momento caía aguanieve en abundancia. Ru-

ggieri aguardaba en el interior del vehículo esperando al personaje del paraguas. Pero, ante su sorpresa, pasó de él y al que cubrió fue a Franz, que olvidándose de su pasajero, se introdujo en la casa. Ruggieri, por su parte, no tuvo más remedio que salir corriendo del coche intentando no mojarse demasiado. Una vez en su interior, y siguiendo las indicaciones de Franz, fue conducido a través de un ancho pasillo repleto de cuadros, hasta una puerta doble, donde en su parte superior y escrito sobre latón, rezaba lo siguiente.

> "UNA DE LAS PREMISAS MÁS ESENCIALES PARA LA FORMACIÓN DE LAS CULTURAS SUPERIORES, ES LA EXISTENCIA DE HOMBRES INFERIORES…; ES INDUDABLE QUE LA PRIMERA CULTURA DE LA HUMANIDAD NO SE DEBIÓ TANTO A LA DOMESTICACIÓN DE LOS ANIMALES COMO AL EMPLEO DE HOMBRES INFERIORES"
>
> HITLER

Ruggieri, después de leer aquellas palabras, miró a Franz y con el dedo en la sien le hizo la señal inequívoca de la locura, a lo que el estirado alemán no le prestó el menor caso y se limitó a abrirle la puerta con notoria desgana.

Traspasada ésta, se encontró en un gran despacho repleto de vitrinas atiborradas de libros. En las paredes competían diferentes fotografías en blanco y negro que ilustraban momentos gloriosos de Hitler y una esvástica cubría la mayor parte de la pared situada detrás de la mesa principal, donde se encontraba sentado un hombre del que, debido a la poca iluminación existente en la sala, era imposible ver su fisonomía.

—Pase, señor Ruggieri, pero no se acerque a mí. Dígame qué noticias me trae.

—Antes de empezar, debo decirle que no estoy conforme con el precio acordado. Lo que le traigo debe valer, al menos, cincuenta veces lo que me paga a mí, y no estoy dispuesto a aceptarlo.

—De acuerdo, señor Ruggieri. Si lo que me trae es de tanto valor, no tendré inconveniente en satisfacer sus exigencias.

Entonces, y con una expresión fatua, el italiano abrió el paquete, sacando de su interior un crucifijo de oro y piedras preciosas que depositó encima de la mesa.

—Aquí lo tiene. Es el auténtico crucifijo de Einar el Rojo. Y además, como propina, le diré que el antiguo propietario no podrá reclamarlo. Le he enviado a la tumba.

Aquellas palabras, lejos de complacer al otro interlocutor, le hizo ponerse en cólera.

—Señor Ruggieri, es usted un auténtico chapucero. Mis órdenes fueron que siguiera al profesor Olsen y averiguara todo lo que sabía referente a este crucifijo. No que se lo robara y encima se lo cargara. Lárguese de mi vista. Franz, acompáñale a la salida, pero antes págale lo que le corresponde.

Los dos personajes se fueron del despacho, mientras el enigmático personaje observaba aquella joya sin apenas tocarla. Pasados unos

minutos, Franz regresó junto a él con una expresión de felicidad reflejada en su cara.

—¿Le has pagado lo que se merecía?

El gigante mudo asintió con la cabeza, mientras con un pañuelo se limpiaba los restos de sangre que tenía en las manos.

—No debía fiarme del estúpido Ruggieri. A partir de ahora, me ocuparé de todos los detalles. Primero llamaré a una persona que sé que no me fallará, y después, el crucifijo debe regresar a Noruega. Aunque tiene un valor innegable, no es comparable con lo que puedo obtener si sé utilizarlo adecuadamente.